



Vol. 11, No. 1, Fall 2013, 328-344

Interview/Entrevista

Remecer conciencias en Chile y en el extranjero: una conversación con Pía Barros sobre las antologías *¡Basta!*

Resha S. Cardone

Southern Connecticut State University

Pía Barros (n. 1956) figura entre las escritoras chilenas más estudiadas, premiadas y traducidas de la Generación de los 80. Desde 1985, ha publicado dos novelas y ocho colecciones de cuentos, la más reciente, *El lugar del otro*, fue reconocida con el Premio Altazor a la mejor narrativa publicada en el año 2011. Desde 1977 Barros ha dirigido los Talleres Literarios Ergo Sum, donde han pasado cientos de estudiantes tanto de su propia Generación de los 80 como de más recientes promociones literarias. Barros también fundó en 1985 Ediciones Ergo Sum como una extensión de sus talleres. Esta editorial inicialmente ilegal se ha dedicado mayormente a la publicación de libros objetos, antologías de ficción breve escritas y publicadas en colaboración en sus talleres literarios. Éstos se fabrican en la forma de objetos, muchas veces femeninos, y cuestionan diversas estructuras de poder, incluyendo el poder dictatorial, patriarcal y editorial a través de las tres dimensiones de los objetos. Como editora, Barros fundó una segunda editorial de índole feminista en 1990, Ediciones Asterión, bajo cuyo sello ha publicado libros creativos y críticos y ha extendido aún más su proyecto feminista literario de siempre. A través de esta gama amplia de actividades literarias y activistas, que se ve en forma paralela en sus propios cuentos y novelas, Barros ha encontrado múltiples formas de usar la

literatura para promover una ideología democrática, anti-dictatorial, feminista, colaborativa y solidaria.

Esta entrevista tomó lugar el 17 de febrero de 2013 en la ciudad de New Haven, Connecticut, durante una gira de la autora a varias universidades estadounidenses. La conversación se centra en el proyecto literario y activista que Barros comenzó recientemente en el 2011, la serie de antologías *iBasta!*, publicadas para remecer conciencia acerca de la violencia de género.

Resha Cardone (en adelante R.C.): Me gustaría saber más de tu proyecto más reciente—la trilogía de antologías *iBasta!* que, desde la publicación de la primera en el año 2011, se está transformando en un fenómeno transnacional. ¿Podrías contarme cómo surgieron estas antologías y explicarme cómo caben dentro de tu proyecto literario más grande; o sea, el de escritora, de directora de talleres literarios y de editora?

Pía Barros (en adelante P.B.): Estas antologías en realidad fueron una aspiración que demoró muchos años en concretarse. El grupo de mujeres que constituimos Ediciones Asterión nos planteamos desde hace alrededor de quince años hacer una antología contra la violencia de género. Inicialmente no era una antología de minificción lo que habíamos planeado, sino una antología sobre la violencia de género. Pedimos fondos a muchas partes y nunca tuvimos plata ni para empezar la antología y menos aún para publicarla. Esto tiene que ver con la propuesta que tiene Asterión desde sus inicios de difundir la narrativa de mujeres o los estudios sobre la narrativa de mujeres latinoamericanas que, cuando armamos la editorial con Juan Carlos Lértora en 1990, no tenían mucha vigencia. Siempre tuvimos la intención de publicar cosas que no fueran sexistas, cosas que combatieran la violencia de género.

El armar esta antología fue siempre un sueño y yo creo que las que formamos Asterión [Gabriela Aguilera, Susana Sánchez, Patricia Hidalgo, Ana Crivelli y Silvia Guajardo] siempre estábamos dando vueltas a la idea. De hecho, hicimos en el 2007 un libro objeto titulado *Ni una más*, que es una tabla de picar carne con el rostro de una mujer golpeada encima y dentro tiene minificciones. Esto fue la primera aproximación a lo que queríamos: hacer una antología que demostrara las diversas formas de la violencia de género.

Por razones fortuitas—y además por rabia, porque teníamos mucha rabia de nunca conseguir los fondos—fue que, literalmente por azar, gracias al casino, que conseguí una plata jugando; aparte de esta plata ganada en el casino, me pagaron tarde por otro trabajo y tuvimos los fondos para hacer la primera antología *¡Basta!* Convocamos en un mes. Lo hicimos por las redes sociales porque queríamos que fuera también una situación democrática. Creemos todas nosotras que las redes sociales son una forma de horizontalizar también las relaciones humanas; por eso, hicimos una convocatoria por Facebook, Twitter y difusión por e-mail para que mucha gente pudiera enterarse de que podían escribir un cuento de ciento y cincuenta palabras y participar en el proyecto. A través de esto, hicimos la primera antología. Demoramos mucho corrigiendo. Pasamos dieciséis horas diarias durante un mes editando, armando y seleccionando, porque no todo lo que enviaron era publicable. Había muchos textos de testimonio, más que de voluntad literaria, y queríamos que los textos fueran también literatura. Después de muchas peleas entre todas nosotras, finalmente llegamos a un acuerdo de cuáles eran los que tenían que estar y cómo tenían que salir.

Sacamos esta antología a finales del 2011, y nos fuimos justo una semana después, apenas había salido el libro, a un congreso en Mendoza. Allí la argentinas engancharon con la idea y nos preguntaron si podían copiarnos la idea. Fue en ese momento que nos dimos cuenta de que aquello lo podíamos transformar en algo más grande. Y por supuesto autorizamos, ayudamos y les dijimos cómo hacerlo y los errores que cometimos. Llegamos a Chile y un mes más tarde, en un encuentro en Valparaíso, otra escritora peruana—Cucha del Águila—nos dice si acaso podía copiarnos la idea, y la ayudamos, le dijimos cómo hacerlo. Ella ya logró sacar en Perú el *¡Basta! Cien mujeres contra la violencia de género*.

Y así el proyecto empezó a transformarse en una cosa mayor. De esta antología, que cada vez que pedíamos fondos decían que era un proyecto sin relevancia y sin impacto, habíamos vendido en tres meses toda la primera edición. Y tenía mucha difusión, no por los medios normales sino más bien de voz en voz. La gente iba a buscar los libros en la casa, los

pedían de las organizaciones sociales, nos llamaban de las universidades para hacer presentaciones y lecturas.

Los hombres empezaron a decir que ellos también querían participar, que querían ser voluntarios. Entonces sacamos [en enero del 2012] *¡Basta! 100 hombres contra la violencia de género*. Mi amiga Vinka Jackson dijo, “Y bueno, ¿cuándo la otra?”, que era como la coronación de esto. Antes de un año, [en septiembre del 2012], habíamos sacado también *¡Basta! + de 100 cuentos contra el abuso infantil*. Con eso consideramos que ya habíamos armado el proyecto en el cual llevamos veinte años y que, en el fondo, es la culminación de un proyecto que hace mucho tiempo queríamos resolver. Era esta idea de la violencia de género en todo lo que acarrea, incluyendo el abuso infantil. Entonces sentíamos que habíamos hecho ya por fin una labor social donde convivían los dos elementos: aquello político que sentíamos que era la política de nosotras, el eje valórico, más el proyecto de la Editorial Asterión, que era incidir socialmente desde abajo, no desde las grandes cúpulas ni de las grandes ventas, sino desde abajo. Esto que ahora corre y crece y estalla como está ocurriendo con estas antologías.

R.C.: Algo que tú has hecho desde siempre, tanto en tu proyecto narrativo como en tu labor editorial, ha sido usar la literatura para fines activistas. ¿El proyecto *¡Basta!* representa una extensión de tu proyecto activista anterior?

P.B.: Yo creo que el proyecto *¡Basta!* representa más que una extensión—es la culminación; es el proyecto total de lo que para mí significa el activismo. Aunque la mención de la frase “derechos humanos” parece ya un lugar común, hay una voluntad de parte de los derechos humanos que todavía no se alcanza. Nosotras buscábamos cómo producir ese eje de los derechos humanos y el problema de género, que es un problema crucial de los derechos humanos. Siempre vinculamos los derechos humanos a la pérdida de vida durante las dictaduras latinoamericanas pero no entendemos que los derechos humanos son los derechos básicos de las personas, no sólo su resguardo físico sino el resguardo moral y mental de las personas y de

aquellos ciudadanos y ciudadanas que están en una nación, que están en un universo, que están en un mundo. Para nosotras, esos derechos humanos tienen que ver profundamente con la ideología de género. Y en la ideología de género volvemos al proyecto inicial de por qué somos feministas. Es porque aspiramos a un mundo donde nadie sobre, y en ese universo donde nadie sobre, era crucial construir esas antologías para mostrar aquello que siempre es secreto y oculto, y obviamente eso tiene una visión política. Somos todas políticas. La problemática de género es una problemática transcultural y absolutamente transversal que cruza todas las clases sociales y todos los colores y todas las pieles y todas las etnias del mundo. Y la discusión de aquello era en el fondo el modo de instalar un derecho humano básico y crucial que es que el 51% de la humanidad no puede estar por debajo de esa minoría entre comillas, que es el sistema patriarcal.

R.C.: Los relatos en estas antologías son microcuentos, todos de ciento cincuenta palabras o menos. ¿Podrías explicar las razones políticas, estéticas y/o editoriales por las que seleccionaste este género?

P.B.: Hace muchos años, cuando yo era joven, el microcuento estallaba en las murallas. Era el grafiti que se escribía en dictadura y que se corría de voz en voz, o aquel cuento que se podía repetir que alguien había contado. Era una forma de buscar—en casi todo el llamado tercer mundo—una visibilización de la problemática de las dictaduras y de la pérdida de derechos y de la difusión de derechos humanos posteriormente.

Para mí el microcuento es el género del futuro. Tiene que ver con la velocidad, con la capacidad que tú tienes de entrar en una estación de metro y lograr leer una totalidad. Es un género para la juventud también, la gente más joven se siente menos amedrentada por construir un texto de un máximo de ciento cincuenta palabras que construir una novela de trescientas páginas. Y tiene que ver con lo que para mí significa el siglo veintiuno: una velocidad mayor a la que tenemos que treparnos como sea y también la posibilidad de decir mucho en poco espacio, y por lo tanto, de desafiar nuestra inteligencia y nuestra emocionalidad y exigirnos al

máximo. La minificación siempre ha sido una obsesión para mí. Está cerca de la poesía, de los comics, de muchas cosas. Es muy intenso como texto.

Lo otro, como editorial, no podíamos publicar cuatro mil páginas si invitábamos a cien mujeres a escribir sobre la violencia de género. También tiene que ver con la idea del formato de libros chiquititos, de bolsillo, que usamos para publicar estas antologías. El tamaño pequeño de estas publicaciones conlleva la idea del libro como un susurro, de un libro que no sigue el tamaño de un libro tradicional, que no amedrenta, que no es aquello que duerme y yace en las bibliotecas sino aquello que puedes llevar contigo. Tiene que ver también con el modo de la lectura, porque la lectura ya es una rebelión contra un sistema. La lectura es un modo de desafiar lo que está fuera pero tú también puedes desafiarlo desde un mundo privado, y el privado es tu bolsillo, aquello que quepa en tu bolsillo. Entonces la idea de estos libros pequeños con pocas palabras pero que dijeran mucho era que fueran como los estallidos, algo que pareciera muy chiquitito y sin embargo te creciera tanto como un libro de cuentos que en ciento cincuenta palabras te contara una gran historia. Y, claro, como editorial necesitábamos tener algo que realmente pudiéramos publicar.

R.C.: Creo que otro aspecto importante de estas antologías es que en ellas salen escritores de renombre como Marjorie Agosín, Ariel Dorfman, Antonio Skármeta y otros publicados al lado de autores jóvenes y nuevos que publican por primera vez.

P.B.: ¡Exactamente! Esto es democratización. La idea de esto es que tú te atreves al desafío y te instalas en un mundo de iguales, en un mundo de pares. Somos todos escritores o escritoras, no importa la cantidad de años que llevas en el oficio. La capacidad de crear es intrínseca a cada persona. Todo el siglo que pasó nos enseñó a ser reproductores de sistemas, reproductores de teorías, en el fondo, a no ser sujetos activos sino reproductivos. El desafío es llegar a ser sujetos activos de una sociedad en que todas las personas sean vinculantes y creadoras. Si lográramos salir de la trampa de lo que significa la reproducción, entenderíamos que podríamos ser mucho más felices desarrollando ese lado femenino, si tú

quieres, que tiene que ver con nuestras capacidades para crear, de abrir nuestra mente y de construir algo, y de ofrecer esta construcción a otros en un breve espacio; decir: mira, mira este susurro, mira este cuento breve, mira lo que puedo dejar en ti por el equivalente de un minuto y medio que requiere la lectura de estos cuentos.

R.C.: ¿Qué es lo que estas microficciones cuentan? ¿Cuáles son sus temas recurrentes?

P.B.: El tema más recurrente es el abuso, el abuso infantil, y de allí, por supuesto, salió con posterioridad la otra antología, *¡Basta! + de 100 cuentos contra el abuso infantil*. La violencia de género provoca una serie de conductas que tiene que ver principalmente con la culpa: la culpa de la mujer golpeada que piensa que se lo merece; la culpa de la mujer maltratada psicológicamente que piensa que algo hizo para merecer eso; la culpa que se transmite a los hijos o a los niños que ven esta conducta de maltrato y piensan que ellos son los culpables. La tradición judeo-cristiana nos enseña la culpa como modo de vivir y esa culpa es lo que produce el silencio. Entonces yo creo que hay una situación muy fuerte en los temas de los libros que tiene que ver con el abuso infantil, con la culpa, con el dolor y también con la situación de estar inermes, de ser incapaces de romper con algo. También están por supuesto las historias más desafiantes: el humor negro, las historias prácticamente del *thriller* donde matar llega a ser parte de una reivindicación, las que proponen también un modo de lectura machista—muy bien, tú me matas o yo te mato primero. También aparece con frecuencia la idea de ser sobreviviente de una tragedia. La tragedia del abuso es muy grande porque sabemos que una de cada cuatro mujeres en el mundo, no importa su condición social, está siendo abusada. Entonces esto de ser o la sobreviviente o la ejecutora es parte también de la temática. Hay muchos temas, pero creo que los temas principales están en la soledad, en la culpa y en el abuso, y en cómo tú tienes que sobrevivir una vida entera a pesar del abuso infligido en tu infancia.

R.C.: ¿Hay elementos temáticos o estéticos que distinguen a los libros de la trilogía?

P.B.: Yo creo que los mismos temas subyacen en todas pero hay una cosa divertida. Cuando convocamos a los hombres para la antología de ellos, algunos pensaron cuando los invitamos a participar (y quisieron ellos porque ellos voluntariamente mandaron sus textos, nadie les dijo que mandaran sus textos) que la violencia de género se refiere sólo a la violencia doméstica, a los hombres que pegan a las mujeres. Nos mostró que este tema sigue siendo de mucho desconocimiento. Aunque mucha gente hable de género, no reconocen lo que realmente dicen las palabras que usan. Pusimos los cuentos igual porque nos parecía que era otro modo de denunciar también el profundo desconocimiento del concepto. Aunque llevemos tantos años hablando de esto, aunque hayamos tenido a una presidenta mujer, aunque ya hayamos supuestamente cambiado el orden de las cosas, el orden sigue lo mismo. Es la misma impunidad, el mismo desconocimiento del concepto de ser mujer, de ser un ciudadano, en desmedro del resto de la ciudadanía.

R.C.: Vamos a hablar de Michelle Bachelet ahora que tú la has mencionado. Para muchos, la elección de Bachelet a la presidencia de Chile en el 2006 simbolizó cierto éxito del movimiento de la contracultura feminista de los años 80. ¿Tiene algo que ver la presidencia feminista de Bachelet con el proyecto *¡Basta!*?

P.B.: Hay que aclarar primero que Michelle Bachelet ganó a pesar de los políticos. Bachelet fue una candidatura impuesta por el sentir popular. Había muchos hombres que estaban en esa primaria que querían ser presidente, y Bachelet fue un grito popular de cansancio frente a los políticos usuales. Hombres y mujeres votaron por ella porque querían algo diferente, porque querían saber también cómo era aquello que supuestamente era tan malo, que era ser gobernado por una mujer. Michelle Bachelet fue por supuesto para mí un triunfo que tenía que ocurrir. Me parece increíble una mujer que va desde la cárcel hasta la

presidencia. Fue una ruta tal vez normal para un Mandela, para un Mujica en Uruguay, pero no era algo bien visto que una mujer fuera de la cárcel a la presidencia. Que ella haya sido capaz de hacerlo y de haber sido capaz de gobernar a todos, no sólo a su sector, me parece una cuestión memorable.

Ahora creo que lo que está en el aire es lo interesante. Nosotras teníamos esta antología en mente hacía muchos años y cuando conseguimos la plata en el casino, decidimos hacerlo rápidamente antes de gastar ese dinero. Estábamos armado la antología y preparándonos a ir al congreso en Mendoza y vimos que en la ONU Mujer sale la presidenta diciendo que el desafío del milenio es combatir la violencia de género. Y nosotras dijimos, “¡Qué rico! ¡Nosotras lo hicimos!” Fue una coincidencia tan rara que una amiga me dijo que alguien me lo había soplado, que la presidenta me había dicho algo. Nada que ver. O sea, no tengo comunicado directo con la Presi. Ojalá lo tuviera. Y unos meses después, cuando decidimos que íbamos a hacer la antología de hombres y pusimos la convocatoria en las redes sociales, a la semana la presidenta dice desde la ONU Mujer que esta tarea es imposible sin que los hombres ayuden y colaboren también. Entonces era como si realmente tuviéramos correspondencia directa y la gente me decía, “No, ustedes están hablando. Tienes un pituto. Sabían lo que iba a decir”. Yo no tenía idea de lo que iba a decir pero me pareció memorable. Entonces tú sientes que en el mundo se producen cosas y que hay voces que están allí. Sólo tienes que estar alerta para saber que estamos todas en la misma similitud y en la voluntad tremenda de producir cambio. Ojalá supiéramos en realidad lo que iba a decir al mundo la presidenta. Si ella me diera órdenes, yo feliz; haría miles de antologías como éstas. Pero estaba allí. Tú sientes la conexión entre mujeres. Sientes que hay algo que nos preocupa a todas y que hay una preocupación también política, social y literaria en esto.

R.C.: ¿Podrías contarme más sobre el proceso de solicitar, seleccionar y editar los cuentos? ¿Cuáles eran los desafíos en el momento de publicar esta trilogía?

P.B.: Nosotras no pensamos inicialmente en una trilogía. Cuando armamos el primer libro, cada uno fue llamando al siguiente. Al terminar con el de los niños, supimos que eso era lo que queríamos hacer y nos sentíamos muy orgullosas. Cuando hice el esquema de qué era lo que estábamos pidiendo—ciento cincuenta palabras—inmediatamente pedimos la voluntad de ser editados. Para un escritor o escritora conocido, es muy difícil entregar un cuento y aceptar que le editen, que le corrijan algo. Entonces, había que tener humildad al entregar los textos porque era prácticamente concursar. Mucha gente dijo, “Concurse. ¿Quedé o no quedé?” No era un concurso; era una antología. Había textos maravillosos pero era la misma historia, entonces la pregunta era cómo hacerlos para que fueran además leíbles y que abarcaran también las diversas formas de violencia de género. De algún modo todas las historias se repiten y la gracia es buscar la forma que éstos sean textos literarios que se pudieran leer, que no aburriera al lector escuchar la misma réplica siempre. Claro, había muchos textos. Había que seleccionar cuál era el mejor texto de dos autores diferentes, no por el nombre de la autora sino por el contenido.

También cuando pensamos en el abuso infantil e hicimos la convocatoria yo aclaré que no sólo queríamos la idea del abuso sexual, sino que también las múltiples formas que tiene el abuso, desde la droga, la política y la invisibilización de la infancia. Aclaré también que el término “infancia” o *infants* significa “no tener voz”; o sea, aquel que no puede hablar. Aclaré que la idea del libro era instalarnos narrativamente en las formas que ese abuso no puede hablar, del que no puede contar lo que le ocurre o mostrar su precariedad. Entonces de algún modo, cada vez que hacíamos otro libro, íbamos aclarando los puntos y ampliando el aspecto literario del proyecto para que no fueran sólo actos de denuncia, sino también textos que pudieran sobrevivir al tiempo. Queremos que cada una de las historias nos siga contando algo más allá del momento político coyuntural de cada antología.

R.C.: Quisiera volver al aspecto transnacional del proyecto. Ya mencionaste las antologías de las argentinas y las peruanas pero entiendo que en otros lugares hay antologías *¡Basta!* en el proceso de ser publicadas.

¿Podrías hablar de la creación de redes transnacionales para la publicación de las antologías y también comentar la importancia que tiene que este proyecto haya despertado interés a nivel internacional?

P.B.: Lo primero fue el impacto que recibimos del impacto mismo, aunque es redundante lo que digo. Hablo del impacto que tuvo cuando la presentamos en este congreso en Mendoza. Lo presentamos en un congreso de literatura, no en un congreso feminista. Entonces que en este congreso literario tuviera el impacto y que las argentinas se pararan de inmediato a decir que era fantástico lo que hicimos, que ojalá ellas pudieran hacer lo mismo. Les preguntamos por qué no lo hacían, e inmediatamente me miró Miriam Di Gerónimo y me preguntó si yo creía que ellas también podían hacer uno, y le dije que por supuesto, que en Argentina hay muchas más escritoras. Entonces inmediatamente comenzó el trabajo. Y Violeta Rojo hizo la de Venezuela, que se va a imprimir supuestamente en el primer trimestre de este año. Emma Sepúlveda estaba trabajando este año para conseguir fondos para hacerlo en el Latino Research Center de la Universidad de Nevada en los Estados Unidos. Desde Rumania, la Cristina Palma me dijo que quería hacer la de las cien escritoras de la diáspora. En Berlín está Esther Andradi que quiere hacer las cien alemanas contra la violencia de género. Y fue en el fondo la conexión inmediata entre mujeres o entre gente que yo no conozco que me escribe pidiendo si le podemos autorizar. Siempre les digo que esto está abierto, que lo único que pedimos—no pedimos derechos de autor, nada—es que cada país tenga sus cien escritoras contra la violencia de género; que digan en sus prólogos que las chilenas fuimos las primeras. Esperamos que sea un modo político de mostrar lo que realmente pasa en cada país, de no simplemente reproducir el mismo texto en diferentes lugares y por lo tanto invisibilizar las sensibilidades de cada lugar y de sus intelectuales.

Y claro, hay otra serie de cosas que hay que resolver pero la idea es simplemente que cada país tenga sus cien mujeres. Ojalá que sean textos muy breves que se puedan leer en la micro [o el autobús], que sean textos que puedan provocar los ejes de la discusión que se han provocado a través de estas antologías, que pueda pasar lo que ha ocurrido en las

presentaciones, en las muestras en las universidades, lo que ha pasado con las propias mujeres que quieren volver a intentarlo y reproducir a pequeña o gran escala su *¡Basta!*. Remecer conciencia no tiene sólo que ver con el afiche que pongas en la calle o con la publicidad; en el fondo tiene que ver con contar pequeñas historias que te pueden obligar a tomar partido y cambiar las cosas. Entonces creo que esto tiene un impacto que crece y sigue creciendo. Ojalá que antes que se termine 2015 cada país latinoamericano pueda tener sus cien mujeres y que provoque la discusión y aquella reflexión que hemos intentado provocar. Nosotras nos enorgullecemos muchísimo y sentimos que fue mucho más de lo que esperábamos, pero después nos pusimos ambiciosas y queremos más todavía. Queremos que todas tengan sus cien mujeres.

R.C.: ¿A qué se debe ese interés internacional en la violencia de género en este momento en particular?

P.B.: Yo creo que los gobiernos se apuran en todo lo que tiene que ver con presupuestos, sobretudo en presupuestos de la nación, pero no se dan cuenta de lo que cuesta a la sociedad la violencia de género. Apenas ahora se están dando cuenta de lo que significa en términos presupuestarios. Los gobiernos gastan una cantidad horrorosa en salud, por ejemplo, por problemas derivados del abuso hacia las mujeres. La violencia de género incide muy fuertemente en los presupuestos del Estado y sabemos que cuando esta cantidad es significativa, los estados sí empiezan a preocuparse de lo que significa la problemática de género, pero no porque sea un derecho humano, sino porque significa un problema económico. Es un problema social muy severo que afecta a diferentes estratos de la sociedad.

Ahora, durante siglos hemos visto—y todavía vemos—que a pesar de que el gobierno hace algo en términos legislativos, promulgan leyes sin financiamiento; por lo tanto, la voluntad política no está. Una ley requiere financiamiento. Parece muy ridículo que una ley tenga financiamiento, pero no basta con que haya ley para que funcione: si yo digo que voy a proteger a las mujeres, debería crear casas de acogida de mujeres, y el Estado debería hacerse responsable de que estos fondos existan, que estas

casas se abran y que el cuidado de mujeres esté permanentemente funcionando. Esta casa de acogida debería contar también con servicios de psicólogos y servicios que ayuden a las mujeres a salir de esta condición y que ayuden a sus niños también a superar el trauma de haber visto y de haber sido partícipes de ese abuso. Y debería tener abogados para poner esto ante la ley y cuestionar ese caso y de oírlo en un juicio. Debería tener alimentación, transporte, cuidado para estas personas. Por lo tanto, una ley cualquiera requiere de una voluntad estatal y del ministerio de hacienda para financiarla. Entonces, de repente sí es cierto que hay leyes que protegen a las mujeres pero cuando tú vas y denuncias, a pesar de ser protegidas legalmente, hay mujeres asesinadas por sus parejas o ex parejas a pesar de las leyes que supuestamente las protegen. Hay una intención de hacer leyes, pero la intención política siempre descansa porque hay, como hace siglos, otras prioridades. Y me parece inmoral que sigamos viviendo con estas otras prioridades cuando las mujeres somos más del 51% de la humanidad.

La mujer se demora siete años en promedio para denunciar la violencia doméstica. Las mujeres abusadas emocionalmente demoran un promedio de siete años en darse cuenta de que están siendo abusadas. El promedio son siete años que las mujeres se dan cuenta del daño que este entorno está provocando en sus hijos. Entonces, para que tú hagas el cambio, requiere que la sociedad entera esté apoyándote y que la ley no sólo te esté apoyando sino que también cuidando y velando por tus derechos. Y tiene que haber un cambio social muy grande cuando tú instalas una ley. En cuanto a la violencia de género, tiene que haber un castigo real, no la impunidad que tenemos ahora, porque tú presentas un caso y duerme meses en el escritorio de un juez hasta que llegue el momento en que ese caso viene a verse. Los casos de violencia doméstica requieren de una acción inmediata. No pueden esperar, porque si tú esperas, mueres. Para instalar las leyes que protegen a las mujeres de la violencia de género ha sido toda una discusión y todavía hay países que son tan retrasados y retrógrados que no les interesa que se publiquen sus cifras o llamen este tipo de violencia crímenes de pasión, o un simple asesinato, algo que claramente es un femicidio, y por lo tanto, un crimen de poder, un

crimen porque alguien mata a otro porque puede y porque ejerce poder sobre el otro porque la sociedad se lo da y porque estamos dando ese espacio sin cuestionar estas estructuras de poder.

R.C.: ¿Y qué ha pasado con las presentaciones de los libros en Chile? Estas presentaciones han remecido conciencia de formas poco esperadas, ¿no?

P.B.: Lo primero es que siempre ha sido mucho más de lo que esperábamos. No hemos tenido presentaciones en las que no ocurre nada. A mí me sobrecoge la cantidad de gente que necesita hablar. La cantidad de mujeres y hombres que se dan cuenta que siguieron un esquema sin tener noción de que estaban siendo abusadores o repitiendo un esquema de abuso.

De las presentaciones más lindas que hemos tenido fue uno en San Joaquín [Chile] de unas 300 mujeres donde se armó una obra de teatro en que algunas de las mujeres de allí tomaron algunos de estos cuentos y con eso armaron una obra de teatro. Pero todas las mujeres sobre el escenario—y eso no lo sabíamos hasta después—eran víctimas de violencia de género. Ver las instancias de sanación, prácticamente de terapia grupal, ver cómo la gente necesita hablar de esta situación, ha sido muy impactante porque nos hemos dado cuenta que teníamos razón—esto era algo que hacía falta, era algo que estaba en el aire.

Todo el mundo decía que de esto se hablaba mucho pero no era la verdad; no se hablaba de esto. Se está hablando de esto ahora y cuando se presenta un libro, siempre hay un fenómeno. Todas las personas tenemos a alguien que ha sido víctima de violencia de género. Todas las personas tenemos vínculos con eso. Todos tenemos a alguien que padeció y todos somos culpables de haber callado esa violencia.

En realidad lo que provoca eso de las presentaciones es que siempre aparece alguien que quiere participar. Y cada vez más gente me manda sus cuentos. De todos los libros que hemos publicado—y son muchos—tal vez los más gratificantes han sido estos libros. A mí me parece un orgullo súper personal. Yo he publicado diez libros míos donde yo soy la autora, pero en esta antología, que reconozco que es mi proyecto personal, un proyecto de

vida, no hay ningún cuento mío. Sólo hice un brevísimo prólogo para indicar de lo que se trataba el proyecto, y sin embargo, siento que ha sido el proyecto literario más grande que yo he emprendido, aunque no vaya ni un sólo cuento mío. Y esto fue por opción, porque me da vergüenza esa gente que hace antologías para sacar sus propios cuentos. Tenía cuentos que podría haber publicado, pero decidí que no, que quería ser ética hasta el final con esto.

R.C.: Sí, definitivamente, el esfuerzo de crear comunidades a través de estas antologías es una parte fundamental. Y las llamadas “Asterionas”, o sea el comité de Ediciones Asterión que lleva a cabo todo este trabajo, ¿quiénes son?

P.B.: El comité de Asterión son un grupo de mujeres que está: Chivi [Silvia] Guajardo, que es la experta en gramática que es la que discute cada palabra; está Susana Sánchez, que es nuestra adorada bruja que ha formado parte de Asterión desde sus inicios y que ve todo sentido literario que puede tener algo; está Gabriela Aguilera, que siempre ve la parte política que nos dice, “Esta mujer fue golpeada, esto sí tiene que salir”; está la Paty Hidalgo, que es la cabeza que cuando nos agarramos de las mechas, es la parte conciliadora del equipo y está la Ana Madre [Ana Crivelli] que ve el lado humano de los textos. Y ese es el grupo de mujeres que trabajamos, que nos instalamos a discutir cada uno de los textos y hablamos de cómo cada cuento puede ser infinitamente mejor si arreglamos una palabra, etcétera. Trabajamos en equipo en Asterión, a gritos, pero en equipo.

R.C.: Y todas trabajan gratis, ¿no?

P.B.: Absolutamente gratis. Ninguna de nosotras recibimos pago por esto pero también la generosidad de los autores es súper importante. La gente que participó en la antología sólo recibe dos ejemplares por su texto. Y entregan sus textos entendiendo lo que nosotras hacemos: que cada vez que logramos recuperar el dinero invertido, hacemos nuevamente otra edición y

difundimos todas las que podamos para que ojalá todo el mundo pueda tener un libro en su bolsillo.

R.C.: ¡Qué lindo! ¿Qué esperas que sea el futuro del proyecto *iBasta!*?

P.B.: Que cada país, sobre todo en Latinoamérica, pueda tener sus propias cien mujeres, sus cien hombres y sus cien cuentos contra el abuso infantil. Si esto lograra promoverse a todos los países latinoamericanos, yo creo que provocaría un cambio. Hemos visto, en el año y medio que está funcionando esto, los cambios que se producen, las discusiones, las conversaciones alrededor de un tema que nos parecen fundamentales para lograr cambiar una construcción cultural. Queremos que llegue a cada país, que llegue a cada comuna, a cada barrio y que represente no sólo a sus intelectuales sino que, como en este caso, haya también estudiantes. Queremos que sea transversal. Queremos que haya participantes de la comunidad mapuche o de ancestros mapuche o aymara, ojalá todo el país en su diversidad pueda estar representado en cada una de las antologías. Y ojalá que los otros países hagan lo mismo, que no seleccionen a sus escritores más taquilleros, sino también a aquellas voces que tú no habías oído antes. Y que haya una difusión de todo y que crezca. Si esta antología comenzó con cien mujeres, ya van casi ciento cincuenta mujeres y cada vez que sacamos otra edición se agregan un par más. Esto ha generado también esa voluntad de cambiar a los otros y yo creo que eso es un movimiento político, no sólo el querer estar allí porque está de moda la antología, sino porque quiere estar allí para construir un proyecto que es mayor que el individual. Cada una y cada uno somos en otros: eso es belleza.

Bibliografía

- Pía Barros Ed. *iBasta! 100 mujeres contra la violencia de género*.
Santiago: Ediciones Asterión, 2011. Impreso.
- . *iBasta! + de 100 mujeres contra la violencia de género*. 2ª ed.
Santiago: Ediciones Asterión, 2012. Impreso.

- . *¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género/Enough! 100+ Women Against Gender Violence*. Trans. Martha Manier. Santiago: Ediciones Asterión, 2012. Impreso.
- . *¡Basta! + de 100 hombres contra la violencia de género*. Santiago: Ediciones Asterión, 2012. Impreso.
- . *¡Basta! + de 100 cuentos contra el abuso infantil*. Santiago: Ediciones Asterión, 2012. Impreso.
- del Aguila, Chuca y Vidal, Cristiane Félip. *¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género*. Lima: Estruendomudo, 2012. Impreso.
- Di Gerónimo, Miriam. *¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género*. Buenos Aires: Editorial Macedonia, 2013. Impreso.